

This article appeared in Spanish on the opinion page of Miami's El Nuevo Herald. A translation follows:

### **“El club de los engañados”**

El Nuevo Herald (Miami)

by Philip Peters

March 13, 2006

Para "proteger nuestro sistema de educación" del espionaje cubano, el representante estatal David Rivera propone prohibir los viajes académicos de las universidades floridananas a Cuba.

No importa que los dos profesores de la Universidad Internacional de la Florida que preocupan al legislador --ambos acusados de haber servido como agentes cubanos-- no hayan sido procesados, mucho menos condenados todavía.

Es importante protegernos ya, dice Rivera --y aprovechando su lógica, tal vez la mejor protección sería terminar cualquier actividad relacionada con Cuba por parte de personas o instituciones cuyo trabajo haya sido afectado por la inteligencia cubana.

Yo voy primero entonces. Tal vez debo dejar de trabajar en asuntos cubanos porque en mis escritos he citado a Manuel David Orrio, un periodista independiente de Cuba cuya condición de agente de Seguridad del Estado fue revelada en 2003.

¿Pero quién más? ¿La organización Hermanos al Rescate debe cerrar sus puertas por haber sido penetrada por la inteligencia cubana? ¿Qué deben hacer los disidentes en Cuba después de la infiltración de doce agentes que fueron desenmascarados en 2003? ¿Recomendaría el señor Rivera que ellos ahora se callen y se queden en casa para su propia protección? ¿Y el servicio Cubanet, que repartió cientos de artículos de Orrio y otros "periodistas" que fueron funcionarios de la Seguridad? ¿Debe el gobierno federal cortar los fondos a Cubanet?

En un discurso ante la Cámara de Representantes en 1998, el congresista Lincoln Díaz-Balart condenó un asalto en La Habana que, según él, por poco costó la vida a una activista de derechos humanos. Su fuente fue un periodista independiente. En 2003 conocimos que tanto la activista, Odilia Collazo, como el periodista, Néstor Baguer, eran agentes de la Seguridad del Estado.

En un informe publicado en 1998 por dos expertos del Congreso, este discurso fue citado para ilustrar la situación de derechos humanos en Cuba. Los expertos, Roger Noriega y Caleb McCarry, relataron su viaje a la isla durante la visita del Papa Juan Pablo II. En ese viaje fueron acompañados por una oficial de la inteligencia americana. Ana Belén Montes. quien fue

declarada en 2001 agente de la inteligencia cubana.

Basta de ejemplos --es claro que el club de los engañados por la inteligencia cubana tiene una membresía grande, diversa, y en algunos casos muy distinguida.

Ciertamente es muy lamentable cada engaño sufrido, pero es claro que la "protección" que el representante Rivera ofrece implica un costo que nuestro país no debe pagar --y no sólo porque la libertad académica es un elemento imprescindible de la preciosa libertad de expresión.

La idea del representante Rivera recuerda la colosal contradicción que constituye la esencia de la política actual hacia Cuba. Estados Unidos tiene metas muy ambiciosas en ese país --una transformación política y económica--, pero limita cada vez más la comunicación a nivel de ciudadanos que aumenta la influencia americana en todo el mundo, y que podría tener ese efecto en Cuba.

Los voceros oficiales explican que no se trata de cortar la comunicación, sino de bloquear los fondos que llegan a Cuba cuando hay demasiados estudiantes americanos contemplando las contradicciones de la isla, demasiadas visitas familiares, demasiadas remesas a primas viejas y necesitadas, demasiados viajes religiosos o humanitarios no vinculados a la política de la Administración.

Cortando esos fondos y apoyando a los disidentes, explican los voceros, aceleraremos la caída de Fidel Castro o por lo menos aseguraremos que Cuba entre en la etapa de "transición" cuando éste muera.

Dadas las dificultades que enfrenta la oposición cubana y las cantidades de dinero relativamente triviales bloqueadas por las nuevas sanciones americanas, es poco probable que las políticas del presidente Bush impulsen un cambio en Cuba.

Es más probable que Cuba cambie por factores internos, y que tras la muerte de Fidel Castro veamos una sucesión constitucional en La Habana.

Seremos entonces espectadores de un drama importante en la historia de Cuba independiente. ¿Cómo gobernarán los sucesores de Fidel Castro? ¿Cómo adaptarán el socialismo? ¿Tendrán éxito a largo plazo?

Por la disposición de la actual administración y por la ley Helms-Burton está asegurado que seremos espectadores de verdad, y sólo eso. La postura de sanciones, embargo y contactos muy limitados sólo empezará a cambiar cuando Cuba se haya transformado. Se pueden imaginar cambios en Cuba que mejoren la economía. generen apoyo para el nuevo gobierno y conduzcan a una activa

diplomacia con otros países, pero no con Washington.

En ese escenario, habría que preguntarse quién está protegido de quién.

Vicepresidente del Instituto Lexington, Arlington, Virginia.

© 2006 El Nuevo Herald and wire service sources.  
All Rights Reserved. <http://www.miami.com>

### **“The Club of the Deceived”**

El Nuevo Herald (Miami)  
by Philip Peters  
March 13, 2006

To “protect our educational system” from Cuban espionage, Florida state representative David Rivera proposes to ban academic travel to Cuba by Florida universities.

No matter that the two Florida International University professors of concern to the legislator – both accused of serving as Cuban agents – have not been tried, much less convicted.

It is important to protect ourselves now, Rivera says. Following his logic, perhaps the best protection would be to end any activity related to Cuba by people or institutions whose work has been affected by Cuban intelligence.

I’ll go first. Maybe I should stop working on Cuban affairs because in my writings I have quoted Mar David Orrio, an independent journalist in Cuba who in 2003 was revealed to be an agent of state security.

But who else? Should the organization Brothers to the Rescue close its doors because it was penetrated by Cuban intelligence? What should Cuban dissidents do following the infiltration of twelve agents who were unmasked in 2003? Would Mr. Rivera recommend that they stay home and remain quiet for their own protection? And the Cubanet news service that distributed hundreds of articles by Orrio and other “journalists” who were state security agents? Should the federal government cut funding to Cubanet?

In a speech to the House of Representatives in 1998, Congressman Lincoln Diaz-Balart condemned the assault in Havana that nearly cost a Cuban human rights activist her life. His source was an independent journalist. In 2003 we learned that both the activist, Odilia Collazo, and the journalist, Nestor Bague, were state security agents.

In a 1998 report published by two Congressional experts, that speech was used to illustrate the human rights situation in Cuba. The experts, Roger Noriega and Caleb McCarry, were giving an account of their trip to Cuba during the visit of Pope John Paul II. On that trip they were accompanied by a U.S. intelligence official, Ana Belen Montes, who was found in 2001 to be an agent of Cuban intelligence.

Enough examples. It is clear that the club of those deceived by Cuban intelligence has a large and diverse membership.

and in some cases very distinguished membership.

Every one of those deceptions is regrettable, but the “protection” that Representative Rivera offers carries a cost that our country should not pay – and not only because academic freedom is an essential element of our precious freedom of expression.

Representative Rivera’s idea points to the colossal contradiction that is the essence of current policy toward Cuba. The United States has very ambitious goals toward that country – a political and economic transformation – but limits more and more the citizen communication that boosts American influence around the world, and that could have that effect in Cuba too.

Administration spokesmen explain that it is not about blocking communication, but rather blocking funds that flow to Cuba when there are too many American students pondering the contradictions on the island, too many family visits, too much cash sent to old and needy cousins, too many religious or humanitarian trips not tied to the policy of the Administration.

By cutting those funds and supporting the dissidents, the spokesmen explain, we will accelerate the downfall of Fidel Castro, or at least we will ensure that Cuba enters a “transition” when he dies.

Given the difficulties faced by Cuba’s opposition and the relatively trivial amounts of money blocked by the new American sanctions, it is not very likely that President Bush’s policies will provoke a change in Cuba.

It is more likely that internal factors will change Cuba, and that upon the death of Fidel Castro we will witness a constitutional succession in Havana.

We will then be spectators to an important drama in the history of independent Cuba. How will Castro’s successors govern? How will they adapt socialism? Will they succeed in the long term?

The Administration’s policy and the Helms-Burton law ensure that we will be spectators, and only that. The U.S. posture of sanctions, embargo, and very limited contacts will only begin to change when Cuba has transformed itself. One can imagine changes in Cuba that would improve the economy, generate support for the new government, and lead to active diplomacy with other countries, but not with Washington.

In that scenario, one would have to ask who would be protected from whom.

*Philip Peters, a State Department official during the Reagan and first Bush administrations, is vice president of the Lexington Institute in Arlington, Virginia.*

The Lexington Institute